



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 4 DE JULIO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Pequeño homenaje a Juan Montalvo

VIAJE DEMORADO

OLGA DE LEÓN G.

Se oían caer sobre la tierra aún seca, los estruendos del cielo, y los relámpagos iluminándolo todo, a pesar de la lúgubre noche que habíase quedado ciega con el último apagón, cuando dejó de serlo; cuando se perpetuó, y la luz no volvió.

La furia de Júpiter sobre la ciudad de los pecados, por fin se declaró abiertamente: los truenos se volvieron rayos que incendiaron todo sobre lo que caían. El cielo lloró tan fuerte e intensamente que las casas y los pocos autos circulando afuera, parecían veleros indefensos, presas prontas y fáciles a hacerlas desaparecer, o por lo menos convertir en ruinas las primeras y en remeros sin timón ni piloto los segundos.

En la fonda del camino hacia el lago, los comensales decidieron quedarse. Nada más podían hacer. El agua amenazaba con mover sus autos aún estacionados, pero peor sería si ellos los abordaban. El fontanero cerró las ventanas y aseguró por dentro los postigos y bajó las cortinas de hierro. El temporal se había adelantado. Siempre, por esos lugares, la gente estaba preparada al menos mentalmente, para tales azarosas y tremendas eventualidades.

Una parroquiana, en la que nadie había reparado, y que se había detenido para comprar algo de comer para el camino, fue la primera en aceptar con resignación quedarse allí varada hasta que la tormenta, o lo que fuera que fuera a ser ese fenómeno inesperado, pasara o por lo menos aminorara su fuerza y amenaza de arrasar con todo.

Se acomodó en una mesa alejada de las ventanas y próxima a la barra de servicio, hacia uno de los extremos o esquina. Sacó de su bolso un libro, una libreta y un par de plumas y sus lentes para leer. Hasta aquí, termina mi introducción, que desprecia o la hará suya. Luego, será sola ella quien escriba:

Así que optó por hacer un ejercicio de memoria y purificación de puntos y comas, como solía llamar a los minutos que se tomaba antes de dejar correr el bolígrafo sobre la hoja en blanco. Cerró sus ojos, después de haber inclinado su cabeza un poco hacia la mesa, puesto los codos sobre ella y las manos en las sienes, y empezó a dejar correr el tiempo. Mentalmente se aisló de las voces y ruidos en el local y fuera de él... Dejó pasar cuatro o cinco minutos, y comenzó.

Le parecía una eternidad, desde la primera vez que acarió la idea de realizar un viaje sola por carretera, casi cinco lustros.

Entonces, en aquellos años, tenía sus fuerzas, piernas y brazos jóvenes y sobre todo grandes ilusiones por su futuro a mediano plazo. Ahora, todo era distinto: no le importaba el tiempo y solo lo medía en virtud de los kilómetros que quería recorrer antes de detenerse en cualquier parte; pensaba en especial en que la noche no la encontrara transitando por caminos desconocidos, sin saber en dónde encontraría algún motel o fonda.



Pero, no estaba arrepentida ni asustada por andar sola, incluso si la noche la sorprendía antes de llegar a donde pudiera dormir algunas horas. Su coche era relativamente nuevo, con GPS, y semiautomático. No le gustaban los autos automáticos, aunque había aprendido a manejar en uno, a los catorce años... Casi una leyenda, le parecían su infancia y adolescencia desde la perspectiva del presente.

La caja de velocidades la mantenía alerta, y atenta a la carretera, los demás autos o viajeros delante y detrás, y a cualquier animal que pudiera cruzarse por su camino, al entrar en alguna de las avenidas departamentales o caminos vecinales. Sí, también era mejor traer un auto de cambios para la vicisitud de que se cruzara sin precaución algún espécimen de esos de dos patas, pues nunca iría demasiado rápido, salvo en las carreteras en donde la velocidad mínima era de setenta millas por hora, y la máxima de noventa.

Había escrito más o menos cuatro cuartillas traducidas sus hojas a páginas de manila a uno punto y cinco de interlineado. Tenía bien calculados los espacios, las palabras y los caracteres que escribía en una hora. Llevaba hora y media sin parar de escribir, y la historia se aproximaba al final.

Como casi siempre le sucedía: una vez encarrilada en la trama o en la simple narrativa, no podía detenerse... No porque no quisiera o porque perdiera el hilo conductor de los hechos... No, sino porque sentía que se hallaba en un estado idílico, único... detenerse sería como si un imprevisto se cruzara en su camino y entonces, ella estaba dispuesta a llevarse lo de encuentro, antes que detenerse.

Gozaba de la escritura, tanto como ahora, recién acababa de descubrir, que también gozaba enormemente de su soledad y su viaje por tantos años demor-

ado. Pero, no era momento para lamentar, estaba en el instante preciso de su vida, para hacer lo que recién había decidido hacer: vivir solo consigo misma, y su auto, este viaje por carretera. Antes no habría sido posible...

El dueño de la fonda empezó a abrir las ventanas, los comensales empezaban a calmarse, algunos tomaban sus cosas y se dirigían a sus autos, otros irían a dormir, en el cuarto que tenían pagado. Ella, aún no decidía qué hacer; si seguir escribiendo allí, rentar un cuarto o retomar la carretera.

No tenía prisa. Lo pensaría, mientras iba poniendo el último punto a esta historia.

NOCHE QUIETA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Acechaba la media noche cuando me abordó un cansancio aterrador mientras conducía por la carretera rumbo a Veracruz. Sumaba ya: cerca de trece horas en el auto. En el primer hotel que divisé, me detuve. Bajé dejando la maleta en la cajuela. "¿Tiene abierto el restaurant?". "Cierra en media hora". Seguí las indicaciones hasta que encontré un pasillo que iba a dar a una puerta de madera oscura, corrediza, con figuras mitológicas y semiabierta. Ingresé y tomé asiento en la primera mesa... Arribó el mesero con el menú surtido en carnes rojas. "No se vaya", le dije al joven. Pasé la vista rápidamente y ordené. "Término medio, casi crudo", concluí.

A los pocos minutos trajo una cerveza helada en un tarro de barro cocido, barnizado con esmalte fino, que parecía porcelana débil, a punto de soltar un grito desolador en la montaña. El frío comenzaba a soplar con esmero, hasta enterrarse en las rendijas del lugar. Luego arribó al restaurante una mujer delgada. Calculé que sobrepasaba los sesenta. Exageradamente maquillada, de

labios siniestros y pestañas lúgubres, como enorme muñeca bella, pero capaz de asesinar a un hombre. Se sentó en la mesa junto a mí, y en un instante, un terrible presagio recorrió mi cuerpo; decidí cambiarme de lugar. Cargué con mi bebida a otra mesa. El rostro de la mujer se vistió de furia cadavérica. Me gritó: "Soy la dueña de este hotel. ¿No me reconoce?"

Sin pedir permiso, se acercó para decirme dulcemente: "Quiero que conozca mi cuarto", y cuando divisó al mesero, le llamó: "Suba la comida del señor a mi recámara". Me condujo por la puerta corrediza y tomamos el elevador. "Miles de jóvenes saben perfectamente quién soy yo". Descendimos en el cuarto piso y cruzamos el pasillo para ingresar en la primera puerta.

Se abrió frente a mí una sala amplia y elegante, pero decadente. Con viejos sillones tapizados en terciopelo rojo, oliendo a humedad. De las paredes colgaban carteles de cine enmohecidos, enmarcados. "Yo actué en todas esas películas", me dijo estirando su brazo y haciendo girar su muñeca. De su pequeño bolso rosa sacó un portacigarreros metálico y me extendió la mano. "Ya no fumo", le dije. Encendió su cigarrillo largo, delgado y sin filtro. Guardó el encendedor zippo. Luego detuvo la mirada en el humo que exhalaba sobre mi rostro.

¿Me seducía la mujer? Me acerqué a los carteles y fotografías sobre los muebles: Pedro Infante, Jorge Negrete, Germán Valdés, Mario Moreno, entre muchos otros. Todos junto a ella. Más allá: una fotografía junto a Dolores del Río, María Félix, Libertad Lamarque y Marga López. ¿Qué edad tenía esta mujer? Giré mi cuerpo y sentí su fuerza irresistible, que me atraía. Ella observaba bajo el umbral de la puerta de su recámara. Con el dedo índice, me llamó. La seguí.

Sentí que: ni mis brazos ni mis piernas me obedecían. Me tomó de la mano y me condujo hasta su cama. Recostado boca arriba, alcancé a ver figuras que se movían por el alto techo. Eran sombras que poco a poco distinguí: Cráneos circulando alrededor de un gran candel. Volaban para luego descender frente a mi rostro. "¿Qué edad tienes?", le pregunté perdiendo la consciencia... Alcancé a escuchar una voz débil: "Ciento veinte", mientras su cuerpo de transfígraba en humo...

Al despertar, me encontré desnudo, en un cuartucho de motel. Salí sin encontrar mis pertenencias, ni el restaurante, ni el ascensor, ni la recepción decrepita y elegante de la noche anterior. El lugar: vacío. Afuera: un edificio y el estacionamiento abandonados, excepto por mi auto. Miré alrededor y encontré un señalamiento junto a la carretera: "Pueblo La Malquerida, a 2 km". Abrí la cajuela, saqué ropa y me vestí. Continué el camino apresurado, guardando en mi pecho esta historia, que nunca antes me había atrevido a referir.



Francois-René de Chateaubriand

(Saint-Malo, Francia, 1768-París, 1848) Escritor y político francés. Nacido en una rancia familia aristocrática venida a menos, fue educado junto con sus cinco hermanos en el castillo de Combourg, cerca de Saint-Malo, y estudió en los colegios de Dol y Rennes, antes de superar la prueba de admisión a guardiamarina en Brest, en 1782.

En 1786 se enroló en Cambrai y aprovechó los largos permisos para frecuentar los círculos literarios de París, en los cuales lo introdujo su hermano Jean-Baptiste, magistrado y nieto político de Guillaume de Lamoignon de Malesherbes. Conoció así a Fontanes y Guinguené y fue presentado en la corte de Luis XVI.

Disuelto su regimiento al principio de la Revolución Francesa, en 1791 resolvió emigrar. Regresó a Francia en enero de 1792 e ingresó en el ejército contrarrevolucionario; en febrero, su madre le obligó a contraer matrimonio con Célestine Buisson de la Vigne. Exiliado de nuevo en Bélgica, en 1793 se desplazó a Londres, donde, en medio de grandes dificultades económicas, redactó el Ensayo histórico, político y moral sobre las revoluciones. En abril del año siguiente, su hermano Jean-Baptiste fue guillotinado, al igual que Malesherbes. Por entonces, Chateaubriand enseñaba francés en Beccles y gozaba de cierto renombre en los salones de la «alta emigración», gracias a su crítica de los filósofos del siglo XVIII. Las muertes de su madre, en 1798, y de su hermana, poco más tarde, lo sumieron en una profunda crisis religiosa que le determinó a abandonar Inglaterra.

Regresó a París y publicó el primer tomo de De las bellezas poéticas y morales de la religión cristiana (1800), redactado en respuesta a un poema «pagan» de Parny. Gracias a ciertas relaciones de Fontanes, conoció cuatro años de paz, durante los cuales se relacionó con Joubert y la condesa Pauline de Beaumont. Seducido por el ímpetu con que ésta se proponía restablecer el orden religioso, compuso en su compañía los episodios de Atala y René, publicados en El genio del cristianismo y reeditados por separado en 1805.

En 1803, Napoleón lo nombró secretario de embajada en Roma, a las órdenes del cardenal Fesch. Tras la muerte de Pauline de Beaumont, y a raíz de numerosos conflictos con el embajador, fue destituido de su cargo y nombrado embajador en el Valais. A pesar de este ascenso, la ejecución del duque de Enghien, en 1804, le enemistó con Bonaparte.

Arduo defensor del sistema monárquico, Napoleón le prohibió residir en los alrededores de París. Sin embargo, en 1811, la Academia Francesa lo admitió entre sus miembros, elogiando su itinerario. La vida política de Francois-René de Chateaubriand comenzó a la caída del imperio. Entró en la oposición ultramonárquica y hasta 1820 publicó artículos políticos muy polémicos en El Conservador. Con la Restauración, entre 1820 y 1824, obtuvo sucesivamente los puestos de embajador plenipotenciario en Berlín, embajador en Londres y comisionado en el congreso de Verona. Como ministro de Asuntos Exteriores, organizó la expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis, pero Villèle lo destituyó en 1824.

Sin reconocer nunca la legitimidad de Luis Felipe de Orleans, pronunció su último discurso en la Cámara de los Pares en agosto de 1830 y se refugió en una vida de escritor independiente. Vivió durante los últimos años de su vida gracias a las rentas que le proporcionó su obra maestra, Memorias de ultratumba.

ad pédem literae

La mejor enseñanza es la que utiliza la menor cantidad de palabras necesarias para la tarea.

Maria Montessori

Letras de buen humor

Un amigo en la vida es mucho. Dos son demasiado. Tres son imposibles.

Henry Adams

Mónica Lavín

Tres libros, tres amigos

Abrir paquetes cuyo contenido desconoces siempre produce una emoción infantil. Llegan tres libros a casa. El mismo día, juntos. Radicales libros, de Rosa Beltrán: Autobiografía del algodón, de Cristina Rivera Garza y Ella entró por la ventana del baño, de Elmer Mendoza. No son los libros de cualquier autor que yo también pudiera admirar y desear leer, como Ian McEwan o Manuel Vilas. Recibir los libros de tres escritores mexicanos contemporáneos a quienes conocí precisamente desde el oficio de la escritura, es confirmar su búsqueda imparable, abrir plaza a la expectación y a la complicidad. Intento descifrar qué tienen en común los libros además de su arribo simultáneo: los tres pertenecen a diferentes sellos de Penguin Random House Mondadori, es cierto y su tamaño es vistoso. Fueron publicados en el 2020 y 2021, escritos en gran medida durante la pandemia, ciertamente publicados en semáforo naranja o amarillo. No han sido presentados presencialmente (una particularidad que ahora distingue nuestro vocabulario). La nueva novela de Elmer pertenece a la serie El Zurdo Mendieta, a quien yo —como muchos lectores— ya queremos, y el título en una portada pop alude a la conocida canción de los

Beatles, que me da la certeza de que la música estará presente como siempre. La portada de la novela de Cristina Rivera Garza: un mapa sepia de la frontera norte entre Tamaulipas y Texas (ella nació en Matamoros) y tiene que ver con la búsqueda de su origen. Mi fascinación por los mapas y el espíritu siempre experimental de la autora incitan mi curiosidad. ¿Qué habrá hecho Cristina en este libro con título tan seductor como el de la novela de Jamaica Kincaid: Autobiografía de mi madre? La novela de Rosa lleva un título y portada enigmáticos. Radicales libros, vaya ambigüedad, desde la química en la secundaria hasta su literalidad. El cuadro de José Fors con un fondo negro muestra a una mujer con encaje que cubre medio rostro con la penca de nopal sostenida por un guante de vinil azul. No puedo descifrarlo. Lo quiero leer de inmediato porque empieza con el día en que la madre de la protagonista se va de casa con un hombre en una moto. Son los años 70.

Las tres novelas, por lo que leo en la cuarta de forros, refieren a territorios. La escritura es siempre un territorio. Es animal y darwiniana. Pienso esas locuras mientras trato de emparentar los tres



libros. Elmer ha hecho de ciudades sinaloenses, como Los Mochis y Culiacán, territorios literarios. Ha convertido los ríos Tamazula y Humaya en una referencia mítica.

En la escritura de Rosa Beltrán, el territorio son las familias y la Ciudad de México. Cristina siempre refiere a las fronteras de todo tipo. A cada uno de ellos lo conocí en su territorio, se hicieron mis amigos y los he seguido leyendo con entusiasmo cómplice. Con cada uno he compartido la mesa, varias mesas, pero algunas espectaculares como el desayuno en la que el paradero de trailers piso de tierra, machaca de mantaraya en el entronque de Todos Santos y La Paz en Baja California Sur, adonde me llevó Elmer Mendoza. Con Cristina

estuve en La Central de Lima, donde degustamos 13 platillos de distintas alturas desde el fondo del mar hasta la línea de los árboles en los Andes pasando por pirañas del Amazonas. Con Rosa hemos compartido un manojito de mesas en México y el mundo, todas entrañables. Y con los tres juntos, ahora me queda mucho más clara la confluencia de los tres libros tan cerca de mi corazón, la mesa en el hotel de Ciudad Juárez donde nos tuvieron confinados durante un encuentro literario, dado lo peligroso de la ciudad.

Con la palabra escrita toda distancia está quebrada y ya pongo punto final porque se me cuecen las habas por empezar a leer. Espero que a ustedes también.